

AÑO XXI.—NÚM. 6104

15 DE OCTUBRE DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

## EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 15 de Octubre de 1881.

## LA DECADENCIA DE ESPAÑA

DESDE MEDIADO DEL SIGLO XVI  
A IGUAL EPOCA DEL XVIII.

## I

Nuestro distinguido y estimado amigo el Auditor de Marina Sr. don José Marcelino Travieso, en su artículo «Crónica comercial,» publicado en el número 6098 de este mismo periódico correspondiente al día 8 actual, encaminado á demostrar que el comercio es la vida de las naciones, y que este para sostenerse necesita de una marina mercante, como esta á su vez de una Marina de guerra que la proteja y ampare, despues de pintar á grandes rasgos el estado próspero de la industria española en los siglos XII, XIII, XV y parte del XVI, apunta como período de desgracia el que sigue hasta mediados del siglo XVIII, durante el cual desaparecen las manufacturas y casi por completo la agricultura, debido todo á cien y cien causas que omite por no entrar en sus propósitos referir. Vamos nosotros á completar el brillante, cuanto erudito estudio del Sr. Travieso, siquiera no podamos corresponder, ni con mucho, á su lucidez, dando á conocer algunas de esas causas.

La primera, la más trascendental, de todas ellas, hemos de encontrarla forzosamente en la unidad religiosa: el celo de los Reyes católicos en este sentido, de todo tuvo menos de político; y en él se inspiraron sucesivamente Carlos I, Felipe II y Felipe III. Un decreto de Fernando el Católico condenó al destierro á todos los judíos que no quisieran recibir el bautismo, y el P. Mariana hace subir nada menos que á ochocientos mil el número de los que prefirieron su religión á su patria, si bien Agustín de Blas dice que no fueron más que treinta mil familias las que salieron para el destierro. De todos modos no deja de ser un buen contingente arrancado á la transacción y al comercio, pues sabido es cuanto puede en los hijos de Abraham el espíritu especulativo. El odio á la reforma hubo de propagarse á los judíos y á los moriscos; y los furors iconoclastas de los calvinistas hizo decir á Felipe II que había de dar un ejemplo en las personas de sus enemigos, de modo que hiciese zumbir los oídos de la cristiandad, aunque arriesgase todos sus estados. Sus medidas en este sentido motivos fueron tambien para aumentar la despoblación de España.

Pero el gran golpe estaba reservado á Felipe III, haciendo salir de ella para no volver á pisar más sus fronteras, al inmenso número de mo-

riscos, que junto, con los de los judíos se hace ascender á tres millones. Con el destierro de esta raza puede decirse que concluyó la agricultura y la industria, ramos de riqueza que habían sabido elevar al más alto grado de perfección, y á que pueblo alguno había podido llegar todavía.

En vano el mismo monarca pretendió aplicar nuevos brazos á los abandonados campos del trabajo brindado honores de nobleza, y exención del servicio militar; los pueblos son según para lo que se les acostumbra, y los españoles educados para ser guerreros por la necesidad y por la política, no se avendrían fácilmente á cambiar la espada por la esteva, y hé aquí ya indicada otra de las causas influyentes de nuestra decadencia material y de nuestro empobrecimiento moral: la guerra.

Para defender la fé católica y alimentar los dorados ensueños de una monarquía universal, la monarquía española, se vió obligada á sostener una lucha colosal que absorbió todas las fuerzas vivas del país; faltaronle hombres y tuvo que buscarlos en el extranjero; de aquí aquellos ejércitos abigarrados, mezcla tumultuosa de razas, idiomas y creencias. Y ello era forzosó para atender á la guarda y defensa de innumerables provincias, inmensamente separadas unas, enclavadas otras en medio de naciones hostiles, y en peligro todas de enemigas acometidas. Así se vieron morir miles de españoles sobre los campos de batalla, en Francia, en Alemania, en Flandes, en Irlanda, en Africa, y en el mar. Las ciudades de la Nueva España, y del Perú, las fortalezas del Milanésado, del Reino de Nápoles, de la Sicilia y de la Cerdeña, y las de Flandes y el Franco-Condado no se podía, sin numerosas guarniciones, tener obediente á tantos pueblos y tan diversos en lenguaje, usos y costumbres. Las antiguas colonias portuguesas que conquistara Felipe II rebosaban de tropas; estas tenían que estar escalonadas por toda la costa del Brasil, en los puntos más amenazados del litoral del E. y del O. de Africa, y en los principales puertos de mar de la antigua India portuguesa.

Los que tenían la suerte de escapar con vida, al dejar las filas se casaban y morían por lo comun en extranjeras tierras; Sicilia, Cerdeña, el Reino de Nápoles y Flandes conservan todavía una parte de sus poblaciones de origen española.

Así se explica que en el año mil quinientos noventa y cuatro ascendiera la población de España á solo ocho millones doscientas seis mil setecientas noventa y un almas, deslo que resulta que en cincuenta años

había disminuido la población en un millón cuatrocientos setenta y tres mil cuatrocientos habitantes.

Guardar nuestra casa, decían algunos al conde duque de Olivares; poblar nuestros reinos: cultivar nuestros campos: fortificar nuestras plazas: abrir al comercio nuestros puertos: restaurar las fábricas y manufacturas. En esto debían emplearse los tesoros de América, no en divertimientos insensatos y escesivos: no en enviarlos á Alemania para unas guerras, que aciso se mantengan para que vayan allá nuestros hombres y dinero. Siempre fueron menos los cautivos cuando no hay rescate, siendo éste la causa principal de haberlos. ¿Que cosa ha sido Flandes para España sino sepultura de soldados y millones? ¿que riquezas nos han venido de ella? Ningunas. Todo quedó entre sus gobernadores, tropa, y presidios, cuando no iba en tiempo de paz el oro para mantenerlos. ¿Cuanto mejor hubiera sido venderla á la Francia que no cedérsela despues por fuerza en las paces de Nimega, Utrech y otras? Ni esto era difícil de preveer, andando nuestras fuerzas á manos de día en día.

En contraposición de estas patéticas escitaciones Campanella aconsejaba á Felipe II rehusar ciertos honores á todo español celibatarío des pues de cumplir la edad de veintiun años, á menos que sirviese en el Ejército, prohibir á los labradores y artesanos que diesen en dote á sus hijas, más cantidad de la que se prefijára; permitir á los soldados que hicieran la guerra en Flandes, en Inglaterra, en Irlanda y en Africa, el rapto de mugeres para casarse con ellas; indultar á los proscritos cada siete años, y agraciarse á los sentenciados á muerte, con condicion de combatir contra los infieles durante un tiempo determinado. Además de esto aconsejábale tambien establecer en España, en Flandes, en Sicilia y en el Reino de Nápoles seminarios de soldados que servirían de asilo á los hijos naturales y á los pobres, que ejercitados desde la más tierna edad en el oficio de las armas, y no conociendo más padre que el Rey, más voluntad que la suya, ni otra esperanza que su favor, serian soldados tan adictos como valientes, consiguiéndose que más tarde se casarían con mugeres soldadas en pais enemigo, propagando así su raza guerrera. Si se adoptan estas medidas, decia, los pobres vacilarán menos en casarse, teniendo certeza de que á sus hijos no faltará nunca lo necesario, y el Rey podrá reemplazar fácilmente sus ejércitos con esta almáciga de soldados.

Si Felipe II siguiera los consejos de Campanella, se hubiera visto bien pronto á la España convertida en un cuartel.

MANUEL GONZALEZ.

(Se continuará.)

## ECOS DE MADRID.

13 de Octubre de 1881.

—Las carreras no marchan! decia uno la otra tarde.

—No marchan pero corren, le contestó otro.

—A perderse en el olvido... Madrid no tiene afición á ese espectáculo.

—Porque desconoce lo que es buen tono y elegancia.

—Todo lo que V. quiera, pero no se aclimatan; y eso que las apuestas son un buen aliciente.

—Saben ustedes porque no prosperan? esclamó un tercero.

—Por qué? le preguntaron.

—Porque no se ejecutan en la plaza de toros. Allí, obligando á correr á los caballos seis toros de Miura, harian furor.

Quizás tenga razon este tercero.

Con gran solemnidad se ha celebrado la imposición de la Orden de la *Jarretiere* á S. M. el Rey. Los periódicos han referido detalladamente la ceremonia. El público pudo ver desde la Puerta del Sol y la calle Mayor los suntuosos trenes en donde iban las insignias de la Orden, el Embajador extraordinario y su brillante séquito.

—Señorito, para que es todo este aparato? preguntó una moza de Lavapiés de las de rompe y rasga que iba con otras dos, á un caballero que presenciaba el paso de la comitiva.

—Todo esto contestó, es parte de la ceremonia que ha de verificarse en Palacio. Van á imponer á S. M. la Orden de la *Jarretiere*.

—¿Y que es eso?

—Una liga.

—Pues míste lo que es... yo me pongo dos todos los días, pero sin acompañamiento.

—Está prescrito en la órden...

—Calle V. hombre... que digan lo que quieran no está en el órden que le pongan á nadie las ligas.

Una escena cómico-dramática tuvo lugar la otra tarde en el paseo de Recoletos.

Un caballero se apeó de un coche de alquiler y dió una peseta al cochero.

—Son dos, le dijo el áuriga.

—De cuando acá cuesta dos pesetas la carrera?

—Me ha tomado V. á la hora.

—A la hora?

—¿No miró V. el reloj al subir?

—Bien y qué?

—Que me tomó V. á la hora.

—No pago más que una peseta.

—En ese caso vuelva V. á subir y nos iremos á ventilar esta cuestión donde podamos rompernos el alma.

—Vaya V. noramala.

—No es V. caballero.

—Insolente!

—Suba V. al coche y vamos donde yo pueda constarle.

—Pues ya se ve que subirá; y lo hizo con tanta precipitación que rompió un cristal.

—No se apure V. lo añadiremos á la cuenta dijo el automedonte.

Al ver su flemma, se incomodó el caballero, se apeó; el cochero hizo otro tanto, y los dos se agarraron á brazo partido.

Por fortuna una pareja de órden público puso á buen recaudo á la pareja de desórden privado llevándosela á la prevención.

Poco despues un famoso *espadista* llamado Paco, al verse perseguido por la policia en la calle del Barquillo, sacó una pistola y se la disparó por debajo de la barba quedando...

de la imprenta Momentos antes un operario estrozado por el voto del periódico el *Día*, era

lante de una máquina que el día en que pasa ron He olvidado decirnos fué martes.

todas estas desdichas del Riscal, propietario del periódico. Pero el Marqués, desgracia de la esposa del periódico, alivió la alandola á su casa y señalándole trabajador con de dos pesetas.

dola una pensión en el Marqués no han extrañado Los que con generosidad. Es un gran corazón! este ruego de

de Chamberi ha sido hallada a se Una trapería era vivienda; una señora francesa sinada en su ml... tistir los dolores que le producía no pudiendo res... ónica se ha envenenado; se ha una enfermedad... de vecindad, cuando por for hundido una casa.